

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

Es uno de los literatos más populares de Madrid. Los jóvenes escritores lo quieren como á un maestro docto, amable; y el gran público devora, con verdadero regocijo sus relatos. Es también uno de los periodistas más fecundos del globo, y si alguien le diese hoy diez céntimos por cada uno de los chistes que ha inventado en su vida, sería millonario. Su prosa tiene gran sencillez, y gran corrección. Entre los que cuentan historietas familiares es uno de los primeros.

EL SENOR GOMEZ

A quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos, dice el refrán, que — por lo que á mi respecta — padece excepción; pues ni Dios me ha dado hijos, ni sobrinos el diablo, que yo sepa. Pero sin duda para que, en una ó en otra forma, tenga cumplimiento lo que en ese aforismo de la sabiduría popular quiere significarse, hay entre mis amigos algunos que tienen hijos y sobrinos, y yernos y nuerras, y cuanto hay que tener en el ramo de descendientes y de colaterales.

De uno de esos amigos afortunados, que poseen parientes para dar y tomar, recibí hace poco tiempo una carta, cuyo contenido reproduzco literalmente; era como sigue :

« Querido Antonio : Mi hijo Bartolomé se examina mañana en (donde fuere; eso no lo digo). Sé que tú, por haber sido *de la casa* y ser hoy amigo de casi todos los profesores, tienes *vara alta* (; ni baja si quiera !) en aquel establecimiento. Hazme, pues, el favor de recomendarle con interés para que no me lo dejen suspenso, cosa que contrariaría mucho á

tu antiguo compañero y siempre buen amigo. —
Leoncio.

« P. D. El chico va medianamente preparado; pero ya sabes lo que son estas cosas; él es muy corto y temo que se quede parado. Adjunta va una nota con el nombre y apellidos del muchacho, y el título del colegio en que ha cursado y las asignaturas de que va á examinarse. Gracias anticipadas. *Tuyísimo. Ut supra.* »

Es Leoncio persona á quien, por muchas razones, deseo complacer y servir; me apresuré, por lo tanto, á presentarme en *la casa* (como Leoncio decia) er el día y á la hora indicados en la nota, y abriéndome paso, á duras penas, por entre un enjambre de chiquillos de todas edades y estaturas, conseguí llegar hasta un bedel que, no pudiendo contestar á todos los que á un tiempo mismo le preguntaban, acabó por no responder á nadie, dejándonos á todos iguales ante su silencio. Los chicos, entre tanto, correteaban como si estuviesen dados á los demonios, por aquellos claustros; gritaban, se tundían, se escondían, volvían á aparecer, como si pretendiesen ahuyentar el miedo con el alboroto. Alguna que otra vez aparecían, correctamente formados, marchando silenciosos de dos en dos y seguidos por un presbítero, docena y media de estudiantes; pero no bien penetraban en aquel alborotado recinto, las filas quedaban rotas y la formalidad desaparecía, y el pobre presbítero se veía y se deseaba para reorganizar su hueste, como acontece al pavoro cuando el paso de un carruaje desordena su manada.

Al cabo, y después de varias investigaciones infructuosas, conseguí averiguar que el catedrático á quien yo buscaba no había ido todavía, y así para salirle al encuentro á su llegada, como para huir de la infernal algarabía de los muchachos, que con sus gritos destrozaban mi tímpano y con sus carreras me obstruían el paso, dirigíme al vestibulo en medio del cual, rodeado por una caterva de muchachos, alcancé á ver á mi antiguo discípulo Felipe Gómez, el alumno mejor mozo, más elegante y más guapo que tuvo en mis tiempos la facultad de Ciencias. Fuíme á él en derechura y tendiéndole la mano, que él estrechó con alguna frialdad y como si mi presencia en aquel sitio le molestase, pregunté :

— ¿Qué es de tu vida, hombre? ¿Y qué traes por aquí?

— Pues nada; vengo para presentar á examen á estos aturdidos...

— Es decir, que al cabo te dedicaste á la enseñanza.

— Eso es, contestó con laconismo y sin poder ocultar que estaba violento.

Buscando estaba yo la manera de dar por terminada la conversación, cuando apareció por aquellos sitios un señor *Director general* que, por las trazas, llevaba una misión parecida, si no idéntica, á la mía; cuando vió á Felipe, se dirigió a él y estrechó su mano, como se estrecha la de un antiguo amigo á quien no se ha visto hace mucho tiempo. Le dirigió preguntas iguales á las que yo le había dirigido y eché de ver que la turbación y el desasosiego de Fe-

lipo continuaban. El director general confesó que, á pesar de ciertas disposiciones del ministerio de Fomento, iba con el firme propósito de recomendar un sobrino suyo á la indulgencia del tribunal, y se despidió. Iba yo á despedirme también, cuando uno de nuestros más insignes actores (y no quiero decir su nombre, por no comprometerle) pasó cerca de nosotros y también se detuvo para hablar á Felipe. Siguió á éste un coronel de artillería que habló á Felipe, tuteándole y como se habla á un buen camarada, y temiendo yo que la procesión de amigos continuase, aproveché un instante en que Felipe no hablaba á ninguno para despedirme.

— « Voy — le dije — á ver si ha venido ya el director.

— Ahora acaba de pasar.

— No lo he visto.

— Pues si ha pasado cuando estaba aquí Manolo... ese muchacho de artillería.

— Entonces voy corriendo, no haga el demonio que se constituya el tribunal antes de que le hablemos.

— ¿ Traes algún empeño ?

— Sí, vengo á impetrar benevolencia para Bartolomé Sanz.

— Hombre, ese es de los de casa.

— ¿ Cómo de los de casa ?

— Sí; alumno de mi colegio...

— Pues si la nota dice — y saqué la nota, cuyo contenido, como puede presumirse, no había yo conservado en la memoria — la nota dice : « Colegio de D. Timoteo... »

— Ese es precisamente : en el que yo estoy.

— Pero ¿ no eres tú el director ?

— No.

¡ Ah ya caigo; explicas alguna asignatura...

— Tampoco... Soy únicamente inspector... *pasante*... una especie de ayo... ó, si lo prefieres, ayuda de cámara de los alumnos. Y al decir esto se sonreía; con una sonrisa que daba ganas de llorar.

— Pues si yo creía — empecé á decir... y no dije más... en realidad yo no sabía qué decirle ni cómo expresar mi extrañeza sin ofenderle... Así lo comprendió Felipe, que estrechándome con efusión la mano, me dijo :

— Sí, tú creías que habría yo hecho carrera más brillante. Pues nada, hijo; aquí me tienes siendo inspector en un colegio de segunda enseñanza; con dos pesetas de jornal y la comida. Sin esperanzas de ascenso alguno ni más porvenir que ser asilado en San Bernardino si, por falta de salud, ó por otra causa cualquiera pierdo esta envidiable plaza.

— ¿ Y no podríamos los amigos hacer algo en obsequio tuyo ? Mira, yo, como te he dicho, quiero y necesito ver al director; tú probablemente tendrás ahora alguna ocupación; dejemos esto así, y esta noche, ó mañana, cuando te sea posible, nos veremos, almorzaremos ó cenaremos juntos, recordaremos nuestros buenos tiempos de estudiantes, aquellos en que el buen D. Juan Cortázar nos explicaba la *Analítica*, y me enterarás de lo que te ha ocurrido desde entonces, y ¿ quién sabe ? acaso encontremos la manera de mejorar de situación.

— Señor Gómez, señor Gómez — gritó en esto un muchacho de los que antes rodeaban á mi amigo, — el señor director dice que vaya usted, en seguida, que allí hace usted falta y aquí no. Felipe me dirigió una mirada significativa, y se alejó apresuradamente después de haber convenido ambos en vernos aquella misma noche.

Y nos vimos en efecto; y Felipe me refirió su historia, que era muy lamentable. No la contaré toda, porque resultaría muy larga; pero dire á ustedes la *sustancia*.

El buen Gómez, á quien sus compañeros llamábamos, en son de broma, *Felipe el Hermoso*, era, efectivamente, como me parece haber dicho, de muy buena figura, elegante, simpático y de trato amable y modales finísimos. Sin ser un asombro por su talento, era bastante despejado y no fué mal estudiante. Todo hacía esperar que llegaría á ser un buen profesor de matemáticas; por desgracia, luchó desde el principio con dos enemigos terribles, á los que no supo vencer; por los que, antes al contrario, fué vencido... era el uno su afición á las aventuras amorosas que su buena presencia, su gracia natural y su elegancia le depararon muy á menudo; era el otro la poca, la ninguna perseverancia en sus propósitos. Dos años estudió en la facultad de ciencias, y no hubo modo ni forma de hacerle matricularse en el tercero; se preparó después en una academia particular para ingresar en un cuerpo facultativo del ejército, y cuando ya estaba casi preparado, se prendó de una actriz y abandonó sus estudios, presentán-

dose á estudiar declamación en el Conservatorio. Sólo un año asistió á las clases; sus amoríos con la actriz terminaron de mala manera, y con ellos acabó también la afición de Felipe á las tablas. Su trato con algunos escritores le hizo inclinarse al periodismo, por el cual llegó á creer que lograría altos puestos y buenos destinos.

Publicó un tomito de poesías; ese tomito de poesías con que es de *ene* que *debute* (¡perdone la Academia!) todo muchacho que piense seguir la carrera de genio. De las poesías, que no pasaban de reguares, nadie hizo caso, y de los mil ejemplares que tiró de *Abrojos* — así intituló su colección — vendió tres, regaló ochenta y no cobró ninguno. Entre tanto pasaba el tiempo y los altos empleos no llegaban, lo cual no era extraño atendido que Felipe escribía por entonces en un diario de oposición.

Consideró prudente cambiar de casaca y se convirtió, de la noche á la mañana, en periodista ministerial, y dos meses después de haber hecho esta evolución cayó el ministerio, sin habérsele cumplido á Gómez los ofrecimientos de emplearle que le habían hecho. Este fracaso desalentó á Felipe y le hizo disgustarse de la vida periodística... que abandonó también como había abandonado las otras. Pensó entonces en hacerse abogado, y aun se matriculó en el primer año de la carrera; pero por aquel tiempo tuvo la desgracia de perder á su padre, por lo cual fué preciso que buscarse la manera de vivir, dado « que no sólo de amar vive el hombre », cuando el hombre no es, como Gómez no lo era, dicho sea en

honor suyo, de los que alquilan su amor por temporada.

Lejos de hallar en el amor caminos para medrar ó procedimientos para elevarse, Gómez me confesó ingenuamente, al contarme su vida, que en su extremada afición á las mujeres había consistido su inconstancia funesta en lo que atañe á los estudios.

Felipe amaba, y amaba apasionadamente; en el fondo de su alma labraba un pedestal para la mujer querida, á cuyos pies anhelaba poner su alma, su existencia, todo lo que valía... ¡y valía tan poco!... Parecíale poco una cátedra ganada por oposición, ó una paga de capitán de ingenieros... ¿Qué es eso para ofrecérselo á la mujer amada? Coronas de laurel del poeta, grandes triunfos del hombre político, magníficas conquistas del hombre de ciencia, ovaciones del artista... eso buscaba Felipe, eso anhelaba, y á eso se llega ¡tan tarde!... cuando se llega... Todos los caminos le parecían demasiado largos; todas las marchas demasiado lentas; emprendía un rumbo y le abandonaba luego, y tomaba otro y le abandonaba también... y así fueron pasando los años, y Felipe llegó... á inspector de un colegio de segunda enseñanza, con una retribución de dos pesetas diarias, comida y ropa limpia... y á muchos conocía él que le envidiaban su fortuna.

Cuando, después de oír su triste relato, traté de que me ayudase á discurrir sobre el modo de sacarle de aquella triste situación, Gómez, moviendo melancólicamente la cabeza, me dijo: « No hay ninguno; lo tengo muy bien pensado. Soy demasiado viejo ya

para comenzar de nuevo una lucha en la cual necesitaría fuerzas y alientos que ya no tengo. Mis amigos de ayer, los compañeros que he tenido en las diferentes carreras comenzadas, son hoy algo... director general el uno, brigadier el otro, éste ministro, aquél senador, el de acá actor eminente, el de más allá poeta ilustre, yo, compañero y amigo de todos vosotros, no soy nada; ¿me queda ya tiempo para serlo? Bien comprendes que no; á nadie culpo, ningún rencor siento contra la sociedad, que en estas desgracias mías no ha tenido arte ni parte; he pasado divirtiéndome y amando los años que otros han consagrado ó estudiar y á trabajar... Ahora les llega á ellos la época de estar tranquilos y de disfrutar y á mí la de estar desasosegado y padecer; nada más justo. Hemos hecho exactamente lo mismo unos que otros; sólo que yo he invertido los términos... si volviésemos á nacer, ¡oh!... si volviésemos á nacer... es muy posible que yo hiciese otra vez lo mismo. Pero confieso que es desconsolador haber principiado por ser *Felipe el Hermoso*, muchacho de gran porvenir, y acabar siendo el Sr. Gómez. »

No quise convenir con él en que tenía razón, porque temí afligirle; pero lo pensé cuando después de un coloquio de cinco horas nos separamos.

Desde aquel día no he vuelto á tropezar con el... *señor Gómez*; pero su relato no se borrará nunca de mi memoria.

MODELO DE ESPOSAS

POR

LUIS TABOADA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1920 1625 MONTERREY, MEXICO